
Crónicas desde la cárcel

Heriberto Frías

El Demócrata, al iniciar su segunda época bajo la dirección de José Ferrel, ya incluía entre sus redactores a Heriberto Frías, el autor de un libro por el cual todos los allegados a él acababan de pagar algo, *Tomochic. El Demócrata*, en cuyas páginas apareció por entregas, con el cierre y el embargo de maquinaria y mobiliario. Joaquín Clausell, fundador y propietario de la empresa, con la cárcel —lo mismo que los demás redactores. Frías, con la degradación en una corte marcial, aun cuando en el juicio fue imposible certificar que él escribiera la crónica novelada de la masacre de Tomochic. Así, al arrancar por segunda vez a finales de 1984, *El Demócrata* contaba con un prestigio fuerte como diario de combate entre las otras publicaciones que número tras número definían su oposición al gobierno de Porfirio Díaz.

El Demócrata estaba a favor de que todos los avances de la civilización llegaran a la sociedad en su conjunto. Nadie debía quedar al margen de las ventajas materiales del siglo, y quienes pretendieran lo contrario se exponían a los juicios y denuncias del diario. Con esto en mente, sus redactores iniciaron una campaña por el mejoramiento de las condiciones de los reos de Belem, vil escoria del régimen. No pasaba una semana sin alguna nota sobre esta prisión. La mala comida, la insalubridad, la situación lamentable de los presos y el confinamiento, muchas veces no sólo injusto sino irracional, eran el centro de las distintas notas. Pero además el interés de Belem

no era gratuito. Los diez años ininterrumpidos de Díaz en el poder (1884-1894), para muchos periodistas no habían sido sino el constante recrudecimiento de la política oficial en cuanto a la libertad de expresión y habían tenido que purgar condenas en la cárcel. El grupo de *El Demócrata*, con excepción de Frías, acababa de salir de Belem. De manera que uno de los blancos de *El Demócrata* al iniciar esta segunda época fue el doctor Salinas y Carbó, Regidor de Cárceles y presidente de la Junta de Vigilancia de Cárceles.

El Demócrata no estuvo solo en esta campaña contra Salinas y Carbó, iniciada en los primeros meses de 1895, pero ningún otro diario fue tan frontal como el que dirigía Ferrel, que llegó a exponer públicamente las diferencias entre la burocracia penitenciaria del régimen. La osadía consistió en sacar, el 14 de marzo del 95, la respuesta que dio el Alcaide de la Cárcel de Belem, coronel Simeón Santaella, al informe que rindió Salinas y Carbó ante la Secretaría de Justicia, en virtud de las críticas en la prensa. En su respuesta, dirigida al Secretario de Justicia y al Gobernador del Distrito, Santaella apuntó:

Tanto los conceptos erróneos como los términos de que se sirve el Sr. Salinas y Carbó para justificarse de los cargos que una parte de la prensa viene dirigiéndole desde hace algún tiempo, son en la parte que a mi personalidad oficial se refieren gratuita o errónea-

mente ofensivos de tal modo que mi deber como Jefe de esta prisión me pone en la indeclinable necesidad de hacer ante Ud. C. Gobernador, las rectificaciones que convienen a la probanza del estricto cumplimiento de mis obligaciones como Alcaide y a mi decoro público y personal. —Ciertamente el Sr. Regidor Salinas y Carbó, mucho especioso o razonado tendrá que aducir para descartarse de los cargos justos o injustos que sobre él arrojó la opinión pública; pero ni ha tenido, ni puedo concederle el derecho de tomar mi nombre impropriamente, ni mis actos sin juicio alguno para hacer de unos y de otros una coraza protectora contra los cargos a él dirigidos, dejando mi reputación y buen nombre desnudos y al descubierto al golpe de pérfidas y alevosas sospechas.

Salinas y Carbó, según *El Demócrata*, se había convertido “en la más terrible calamidad de Belem”; así que, ante la evidencia mostrada por Santaella, y con la cual quedaba demostrada la falsedad del informe rendido por el Regidor ante la Secretaría de Justicia, el diario no dejó pasar la oportunidad de comentar sus *mentiras oficiales* en una columna editorial:

El dilema es incontrastable y severo: o supo Salinas lo que dijo, o no lo supo. En el primer caso faltó a su deber sabiéndolo; en el segundo faltó a su deber por ignorancia. Queda, pues, esta deducción única y clara: ¡el regidor Salinas y Carbó falta a su deber! Cuando se le pidió informe era porque se quería conocer la verdad; y él es regidor para decirla. Dijo una falsedad, luego como regidor no sirve, pues, o no sabe lo que pasa en Belem, o sabiéndolo quiere ocultarlo. En ambos casos es abusar de la confianza pública, y una vez que ésta es engañada no vuelve a honrar jamás con su favor al engañador, porque la confianza pública sólo se posee una vez. El señor regidor D. Antonio Salinas y Carbó debe dejar un puesto donde ya no le sostiene la confianza pública; y donde no ha sabido hacer sino males (15/03/95).

Simeón Santaella fue quien renunció a su puesto —y no Salinas y Carbó—, después de poco más de un año como Alcaide de Belem. En vano un grupo de presos escribió al Gobernador del Distrito, Rincón Gallardo, a favor del coronel Santaella; y en vano también *El Demócrata* defendió el trabajo de este coronel en la cárcel, castigado por la malversación de fondos y las decisiones de Salinas y Carbó. El regidor, a manera de respuesta, designó como nuevo Alcaide a un exjefe político de Texcoco, quien hasta ese año fuera presidente del Primer Consejo de Guerra Permanente, el coronel Pedro M. Campuzano; y además denunció al director de *El Demócrata*, Ferrel, quien ingresó a la cárcel acusado de difamación el miércoles 27 de marzo a la una de la tarde.

La noche de ese mismo miércoles, la nueva máquina de vapor que estrenaba *El Demócrata* imprimió un artículo con la coartada que sirvió para sacar a Ferrel de la cárcel. El director del diario, decía, había estado enfermo y ausente de la redacción desde el 20 de marzo: “ha estado imposibilitado para atender a sus labores diarias y encargó interinamente al Sr. Heriberto Frías de la Dirección de *El Demócrata*, dejando bajo su exclusiva responsabilidad cuanto se publicara en este diario”. Así, el viernes 29 de marzo Frías se presentó ante el juzgado al medio día, y al día siguiente, sábado, el Juez 2o. de lo Correccional dictó el auto de formal prisión contra Frías, con lo cual Ferrel quedó libre.

Estas quince crónicas, escritas por Frías desde Belem y publicadas en *El Demócrata* entre el 3 de abril y el 18 de junio de 1985, deben leerse entonces como el informe que Salinas y Carbó jamás se habría atrevido a presentar ante aquella Secretaría de Justicia. Las cinco primeras, a las que Frías dio el título general de “Desde Belem”, pueden considerarse como una entrada en materia, intentos no siempre exactos de registro hechos con más voluntad que con idea. Las diez restantes, “Realidades de la cárcel”, aún en su misma sencillez ofrecen un grado mayor de elaboración: descubren a los tipos populares que habitan esa otra ciudad, oculta, segregada y aparte de la ciudad visible, central y auténtica de la capital del porfiriato. En conjunto, son uno de los pocos testimonios directos de Belem, por

lo cual su valor histórico salva los comentarios. No fue lo único que Frías escribió desde la cárcel, pero sí en cambio es casi seguro que después de estas crónicas no escribiera nada mejor sobre Belem.

A noventa años de distancia son muchas las cosas que podrían decirse sobre estas crónicas. Por ejemplo que Miguel Guttman, uno de los personajes que Frías retrató en Belem y quien no debía estar ahí sino en el Hospital de San Hipólito para dementes, aparece en los primeros libros de registro de La Castañeda, al final de la primera década de este siglo. El Nahual, otro personaje, tuvo más suerte que el expediente de Guttman, extraviado en una de las mudanzas del archivo de La Castañeda. A él se le encuentra, en manos de José Revueltas, convertido en el Carajo de la novela *El apando*. Finalmente que el poetaastro de los Pericos, Humberto Safri, bien puede ser un apunte autobiográfico de Frías en su primera visita a Belem, anterior a esta corresponsalía que le otorgó Ferrel. Sin embargo, como en el tiempo de aquel *Demócrata*, la palabra la tienen los lectores.

Antonio Saborit

Desde Belem*

Allá van, señor Director, estos apuntes que encierran lo más notable de lo que en esta cárcel, a donde mi mala estrella y el encono del celeberrimo Salinas me arrojaron, acontece digno de referirse, advirtiéndole a usted que diré toda la verdad; pero no toda la verdad, porque hásemelo entrado por todos los poros de mi cuerpo un friecillo que me hace tiritar y que no tengo empacho en calificar de prudencia, que bien pudiera rayar en el terror, tanto así me ha dejado el ilustre Carbó, a quien Dios guarde —y no en esta cárcel— muchos años, para honra y gloria de las modernas Bastillas.

Y al grano.

* Desde Belem de nuestro corresponsal especial en la cárcel. Abril 2. (Abril 3, 1895.)

Dados, cuchillos y palos

Tan desarrapados el uno como el otro, pero conservando aún algunos centavos, jugaban el azaroso juego de los dados, su capital, Carlos Oropeza y Melquiades Ortiz. Naturalmente la partida era sensacional y los dos contrincantes en cuclillas, en las húmedas lozas del sucio patio de encausados, ponían el alma en cada tirada. Perdió uno de ellos, y como no conviniera en ello, sacaron sus magnas charrascas y se arremetieron recíprocamente ante la respetuosa admiración de un círculo de curiosos. Mas sucedió que en lo más álgido del combate llegó el presidente mayor, algo como un Salinas en miniatura del patio y. . . ¡zas! esgrimió con tal arte su palo, que hubo sangre de por medio.

Capturados los adalides, se negaron a entregar las armas ofensivas; pero fueron encontradas en el común.

Un niño en la cárcel

El sábado en la mañana llegó a ésta, confundido entre harapientos y hediondos mendigos y entre rateros de miradas cínicas, un niño de cinco o seis años de edad, rubio, vestido elegantemente con un trajecito azul oscuro de marinero, y medias blancas. Venía el infeliz pálido y azorado, contemplando los rostros curiosos de los presos y las lobregueses de la cárcel.

¿Qué crimen pudo cometer aquella criatura? ¿Por qué lo remitía a disposición del Gobernador el Inspector de la 6a. Demarcación, que debe ser celosísimo en el cumplimiento de su deber?

¡Oh! por una cosa enorme que os helará de sacro pavor. Figúrense ustedes que se atrevió a jugar a las canicas en la Alameda, como quien dice, a insultar al mismísimo Salinas y Carbó de ese parque, al gendarme que cuidaba el pudor de la Venus de bronce.

Tanta audacia provocó, naturalmente, su indignación, y condujo al criminal precoz ante el señor Carrillo, Inspector de la 6a. Demarcación; donde durmió y al día siguiente ¡a Belén a la calificación!

Por fortuna para el niño, el Secretario de Go-

bierno lo puso en libertad, ordenando que se le condujera a su casa.

Así es como la policía cumple siempre. ¿Un niño jugando a las canicas? Pues a la cárcel con él. ¿Rateros jugando la camisa a los dados en medio de las calles? ¡Bah! ¿Quién se fija en eso?

El nuevo Alcaide

Me he afanado por interrogar hábilmente a mis colegas de hoy, los presos, acerca de la impresión que les haya causado el nuevo jefe de la prisión, coronel Pedro M. Campuzano, y unánimamente se me ha contestado que ésta ha sido de simpatía.

Y en efecto, el nuevo jefe no es déspota, no cree necesario el abuso de la fuerza para gobernar, y recorre constantemente en el día los diversos departamentos, con afecto afable al par que conservando la dignidad de su puesto.

Piensa estudiar las necesidades de la cárcel para atender a ellas y hacer reformas.

¡Plegue a Salinas que la Junta de Vigilancia no le estorbe!

Conato de suicidio

Anacleto Pedroza, sentenciado a 6 años de prisión, solicitó ayer del Alcaide permiso para ir a ver a su anciana madre que estaba muriendo.

El Alcaide, como era su deber, no accedió a esta petición, mas como el Gobierno del Distrito diese el permiso, por haberse dirigido a él, después, Pedroza salió acompañado por algunos gendarmes.

Cuando regresó y entró al taller de zapatería en que trabajaba, se hirió en el pecho con un cuchillo de su oficio.

Al hacerle la primera curación de la herida que no es de suma gravedad, declaró que al estar trabajando se había herido involuntariamente.

Parece ser que de la calle llegó en estado de embriaguez.

¡Oh Junta de Vigilancia!

El 23 de octubre de 1892, ingresó a esta cárcel

Juana Velázquez, por el delito de atentados contra el pudor. El 9 de mayo de 93, después del jurado fue sentenciada a 2 años 6 meses de prisión. Después del tiempo que la ley marca, se dirigió a la Junta de Vigilancia para los requisitos necesarios para su libertad preparatoria. Eso fue en el mes de agosto del año pasado.

Han transcurrido ocho meses y la Honorable Junta no le contesta aún.

¿Por qué, Sr. Salinas?

Sin más por ahora, Sr. Director.

*Desde Belem**

Fecundos en acontecimientos han sido estos tres días transcurridos de mi última narración a ésta, en este sentido tan insalubre como estrecho para el número de sus moradores.

Vea usted, señor Director, si no es espeluznante y más que de rojo subido este primer episodio de presidio.

Infamias precoces

En el departamento llamado de Pericos (ignoro por qué) se encuentran los niños y jóvenes hasta de 18 años que han cometido crímenes y delitos.

No obstante que este departamento está completamente aislado de los demás, hasta él llegan las bocanadas de abyección y vicio innoble del resto de la aglomeración humana que aquí yace.

Todos esos muchachos llamados Pericos están ya profundamente gastados y prostituidos, y el que aún llega con algo de dignidad, aquí la pierde o se la hacen perder.

Víctor Ale.nán, niño de 12 a 13 años de edad, fue seducido (?) por otros de mayor edad y el infeliz fue violado infamemente por cinco muchachos, entre ellos uno comisionado en el alumbr-

* Desde Belem. Violación de un Perico. La epidemia del tifo. ¡144 hombres hambrientos! De nuestro correspondal directo en la cárcel de Salinas. Abril 4. (Abril 5, 1895.)

do del departamento, de 19 años de edad.

Tan abominable mancillamiento se perpetró a las ocho y media de la noche, hora en que ya todos los muchachos dormían. El juzgado en turno conoció al día siguiente del asunto y la víctima fue curada e inspeccionada en la sección médica.

Parece ser que la marihuana que se le suministró lo privó del conocimiento, aunque otros de los depravados declaran que se dio, por habersele ofrecido una peseta y una mancuerna de piloncillo.

De cualquier manera, sublevan esas prostituciones y promiscuidades que se desarrollan prodigiosamente en las galeras donde duermen amontonados los hombres, soportando hedores nauseabundos y en una temperatura de horno.

Lentamente germina en los seres sin dignidad y sin conciencia de hombres, una depravación moral y física peor que la de las bestias, y así se comprenden espantosas e ignoradas miserias que palpitan torpemente en esas galeras.

Ya otra vez estudiaré este asunto tenebroso del que nadie se preocupa.

La invasión del tifo

Ya está la terrible epidemia en la cárcel; ya asestó certero golpe a su primera víctima y ésta en estos momentos debe estar bajo la tierra del Panteón de Dolores. En efecto, el miércoles falleció en la enfermería del Patio de Talleres el sentenciado Tiburcio Pérez, y salió enfermo para el hospital del departamento de detenidos, Pedro Cerda.

Ayer, también en Talleres, Ambrosio García fue conducido enfermo de tifo, en camilla, rumbo al hospital.

Este desgraciado lleva 16 años de estar preso en esta cárcel y está próximo a quedar en libertad, después de tan largo cautiverio, si es que la muerte no le arranca antes la vida.

Si el tifo continúa, qué gloria para los afanes de la Junta de Vigilancia, con su ilustre Dr. Salinas y Carbó a la cabeza.

Por aquello de la higiene.

El 2 de abril

Éra preciso ser patriota en tan solemne día aun en la cárcel y mostrar de cualquier manera que había regocijo —aunque no lo hubiera—, así es que por medio de música se solemnizó aquí la toma de Puebla.

Benévolamente consintió el Sr. Alcaide en que la orquesta, dirigida por el sentenciado Ignacio García, y la música de viento, por Gregorio N. Aranda, tocaran en el departamento de defensores, desde las diez de la mañana a la una de la tarde y después de tres a cinco.

De suerte que a falta de pan, hubo atracón de música, ¡qué idealismo!

Algo es algo

El miércoles el Juez 5o. de lo Criminal ordenó que formasen a los procesados de su juzgado en el salón de la Capilla, para recibir las quejas que expusieren y atenderlas.

Recibió algunas —que dice se propone atender.

¿Quosque tandem Salinas y Carbó?

¡Hechos y no palabras! —*El martes, ciento cuarenta presos no recibieron ración de carne y el miércoles ciento ocho presos tampoco recibieron ración de carne.*

¡Oh Salinas! ¡Oh Carbó! ¡Oh Junta de Vigilancia! —¿Doctor, y de qué se alimenta el hombre?

¡Ciento cuarenta hombres sin carne!

¡Vaya por lo que sobrara en los últimos banquetes a que asistió el médico Carbó!

Seguiré escribiendo, Sr. Director.

*Desde Belem**

Belem, esta cárcel que más parece caja en que se encierran todas las abyecciones y deyecciones de

* Desde Belem, Abril 9. De nuestro corresponsal directo en la cárcel. (Abril 10, 1895.)

una sociedad en vía de formación, se está vistiendo de gala: el Sr. Campuzano, Jefe de la cárcel, es un hombre tan observador como estético y acaso inconscientemente tiende a la higiene y por eso ha mandado blanquear paredes, raspar la capa grasienta de las columnas de cantera parda y llevar su arrojo hasta ordenar que el mísero cuarto de periodistas se limpie. Las órdenes se han cumplido, y hasta ahora todavía no impiden la realización de sus promesas los que aquí me tienen observando las miserias de este laberinto.

He aquí, mi querido Director, lo que más me parece digno de contarse, respecto de la ciudad que habito.

Tres días sin comer

Antonio Andrade es un joven de 19 años que vivía dirigiendo los escuálidos caballos de los simones de a cuatro reales la hora.

No era, sin embargo, cochero oficial, porque sus jefes no querían darle la dirección importantísima de un vehículo, en atención a su corta edad. Como Antonio es guapo, de ojos negros muy brillantes y bozo aterciopelado, se conquistó bien pronto el amor de algunas mujeres de costumbres más que livianas, y como con ellas lo viera el oficial de gendarmes de apellido Villegas, éste por un exceso de cumplimiento en el deber, o por lo que usted quiera, odió al joven cochero y el sábado en la noche lo aprehendió por el tremendo delito de sospechoso. El Sr. Palacios, Inspector de la 4a. Demarcación, retuvo al amartelado cuyo único delito era ser amado por diversas mujeres y lo retuvo sin comer cerca de tres días.

Resultado inevitable: que el joven Antonio ayer llegó a Belem hecho un esqueleto, líbido y tembloroso por la debilidad. Cuando se le suministró el agua caliente hedionda de la caridad —pomposamente caldo— sin duda por su estómago vacío, cayó en un estado de gran estupor e imbecilidad atormentándole fuerte neuralgia.

A estas hotas, creo que por humanidad debe haber sido conducido al Hospital Juárez.

Ahora como episodio repugnante que se enlaza lógicamente con el anterior, haré recordar que el

20 de marzo llegó a ésta, consignado por el mismo Inspector Palacios, el anciano de 60 años Mucio Tenorio, que en lamentabilísimo estado de debilidad fue conducido a la calificación acusado por mendicidad y fue sentenciado por el Secretario del Gobernador a 15 días de detención.

Momentos después de la calificación cayó el infeliz anciano, retorciéndose en el suelo, preso de un ataque cerebral originado por la debilidad.

Pocas horas después falleció de. . . ¡hambre!

No creo deber comentar esto, señor Director.

Cuatro hombres en un petate

En la galera de los individuos sentenciados a arresto mayor (de 3 a 11 meses de prisión), es tal el número de infelices amontonados en ella, que en un mugriento petate de una vara de ancho y vara y media de largo, se estrechan cuatro individuos. Esto ocasiona disputas, bofetadas, palos de los presidentes y cosas mucho, muchísimo más peores.

En cambio, hay coquetos departamentos para que estén a su gusto los colegas del que aquí me tiene por decir verdades.

Y lo peor para *ese* es que las seguiré diciendo mientras no me pongan una mordaza.

¡Ciento noventa y siete hombres sin alimento!

El domingo este número de presos no recibió ración de carne. ¡Ah! pero se les dio doble caldo, es decir, el resto de huesos y yerbajos que ni los perros hubieran tomado, se le arrojó agua caliente, y ¡a dar caldo se ha dicho! —Y era de ver cómo de un cuarto de barril de caldo se hicieron más de cinco barriles.

Primer milagro de Semana Santa.

Y conste que yo fui testigo presencial.

Infamias del presidio

Simón González Torres, próximo a extinguir el tiempo de sentencia que la ley marca para poder solicitar libertad preparatoria, siempre que como

él, haya tenido buena conducta, tuvo la candoridad de prestar algo de dinero a un empleado, quien —según González afirma— le ha pagado acusándolo de calumnia y difamación. Últimamente y como timbre gloriosísimo de justicia, fue incommunicado en bartolinas, depuesto de su cargo de Jefe de Departamento de Pericos y próximo a sufrir más vejaciones. González Torres ha delatado ventas abusivas de marihuana y alcohol; puso en conocimiento de las autoridades de este infierno el proyecto de una fuga; dio trabajo a centenares de presos; prestó dinero a algunos pobres empleados y, naturalmente, hoy sufre las consecuencias de sus generosidades.

Y después de esto hay quien se admire de las sombrías desesperaciones, engendradoras de venganzas, en esos seres abandonados e injustamente heridos.

Adolfo Vega, desincomunicado

Al fin ha salido de la bartolina. No saber por qué ni por quién se le incomunicó; y se admira de ello, cuando en esta materia ya no debe uno admirarse de nada.

Tengo en estudio, Sr. Ferrel, ciertas cosillas que nadie sabe, pero que prometo hacer saber al público, así pueda vivir eternamente en esta cárcel.

Felicidades y adelante.

Desde Belem*

Señor Director:

He aquí las interesantes y curiosas notas de lo acaecido en esta ciudad, en que habitamos nosotros los proscritos sociales, en donde nos remitieron:

*Los unos con sus amores
Y los otros con sus odios,*

* Desde Belem. Abril 17. Los celos del presidio. Es-
tómagos barnizados. (Abril 19, 1895.)

*Por criminales los unos,
Por inocentes los otros.*

Una tragedia

Parecerá increíble que los hombres se cosan a puñaladas por celos de otro hombre a quien aman con abominable y exótico amor; pero aquí así suele suceder.

Ayer nada menos se desarrolló una tragedia en el Patio de Talleres en el lugar llamado el Patiecito.

La Cubana es el apodo, el nombre de combate de un hombre que despertó las pasiones de otros colegas de cárcel, entre ellos las de Juan Bobadilla y Juan Rodríguez, y tal punto su amor fue, que resolvieron ambos dar fin a sus rivalidades batiéndose a cuchilladas a las seis y media de la mañana, con fatal resultado para el primer Juan, cuya carne recibió la desagradable visita del puntiagudo cuchillo del Juan segundo.

Quedó el primero herido de gravedad.

¡Se bebieron el barniz!

Baco es un dios tan abominable como poderoso, y ya bien sabido es que por él y Doña Venus a la humanidad se la están llevando demasiado aprisa todos los diablos.

Y va, no de cuento, sino de muy verídica historia:

Dos pobres diablos de carpinteros, afectos a empinar el codo, y no con agua, desesperados de que no tenían con qué ponerse la de Noé, resolvieron antes de ayer beberse el chinguere que contenía el barniz con que engalanaban la madera de los muebles que construían, mas se encontraron con la seria dificultad de que no tenían limón, con cuyo jugo medio logra separarse la sustancia gomoza de la alcohólica.

Lo de menos era encargarlo a la calle; pero tuvieron miedo de la desesperación de la espera y se bebieron los muy. . . Pérez, dos enormes botellas de la sustancia barnizátil. La papalina fue de esas soberanas y los embarnizados, cual científico y jacobino, se golpearon de lo lindo.

Uno de ellos resultó con la ternilla de la nariz rota, por lo cual le vino una gran hemorragia. Bañado en sangre, delirante y con el estómago hecho un luciente espejo, fue conducido al Hospital Juárez, de donde poco probable es que salga para acá.

Un niño de tres años en la cárcel

Vagando por las calles, casi desnudo, sucio y sollozante, encontró la policía al niño Manuel. . . (?) de tres años de edad.

El pobrecillo declaró que iba con su mamá, que se perdió y que no había comido. Diósele alimento en la Comisaría y de allí lo remitieron a la cárcel de Belem, donde indudablemente, educado por las matronas del departamento de mujeres, recibirá los más edificantes ejemplos de moralidad y fina educación.

Así al menos lo ha de haber tenido en cuenta el respectivo Comisario, puesto que no lo remitió ni al Asilo ni al Hospicio.

Las gamuzas mejoran

La mayor parte de los presos están muy contentos, hasta donde es posible, porque ya los pambazos y gamuzas, según el caló beleniano, no son duros y ásperos cueros, sino que ahora son verdaderas pieles y bastantes comibles en honor de la verdad, y también relativamente.

El personal de la panadería se ha reforzado y se procederá dentro de tres o cuatro días a la reconstrucción de otro horno.

Belem se metamorfosea

Media cárcel está ya blanqueada, se han ensanchado muchos departamentos, la gente se ha repartido con lógica higiene, hasta donde el vetusto edificio lo permite; se construye un nuevo tanque para hacer obligatorios los baños; ya hay inspector de aseo, con acompañamiento de galeos, con útiles para limpiar los suelos y blanquear las paredes y, cosa admirable, ya hay disciplina

y respeto en los presos antes insolentes ante los empleados.

El cuarto de periodistas está fresco y albeando. El tacto y la energía en consorcio reinan en Belem.

*Desde Belem**

Una disposición higiénica de orden interior del actual Jefe de la Prisión, previene que los presos sentenciados lleven el pelo corto, como es uso en nuestros cuarteles y en las Penitenciarías de los Estados Unidos.

Pues bien, llególe su turno al célebre Leopoldo Cárdenas de que el implacable peluquero le derribase su cabellera. Algún sentimiento le ocasionó aquello, porque Cárdenas cifraba su orgullo de buena presencia en sus cabellos ensortijados; pero al fin cedió. Cuando quedó sin ellos en la cabeza, los recogió todos cuidadosamente y empezó a formar hacecillos que fue envolviendo en pedazos de papel, cada uno con su dedicatoria, a personas de su familia y a sus amigos, para que los conserven después de su fusilamiento, si no obtiene el indulto de la pena de muerte.

El departamento de mujeres, que antes era un antro de podredumbre más asqueroso aún que los de hombres, está siendo blanqueado, se están reparando algunos desperfectos y cuarteaduras; se obliga a las asiladas a bañarse y lavarse la ropa; en las galerías van a abrirse más ventanas para activar la ventilación.

Hay diariamente quien se encargue de hacer pasar revista de aseo y peinados.

Cerca de 200 trabajadores, tomados de los sentenciados a arresto menor, trabajan en el antiguo solar denominado Jardín, con el objeto de limpiarlo y llenar caños y zanjas. Proyecta el señor

* Desde Belem. De nuestro corresponsal especial, por favor de Salinas y Carbó. Leopoldo Cárdenas regala su cabellera. Las mentiras de "El Universal". ¡A puñaladas! (Mayo 9, 1895.)

coronel Campuzano utilizarlo sembrando moreras —bien pueden haber más de doscientas—, con el objeto de que contribuyan a la higiene de la prisión, y pueden servir tal vez para la cría de gusanos de seda.

Se han fijado en lugares visibles de los diversos departamentos de la cárcel, escritos en que se previene que las quejas que al jefe de ella se elevan, jamás se hagan en masa ni de palabra ni por escrito, y que los que las tengan aunque sean varios por la misma causa, lo hagan por escrito y con su firma, uno a uno.

Nada más acertado.

¡Cuándo el de los Pérez no había de traer alguna pifia aun en sus noticias! Todo, absolutamente todo lo que de esta cárcel dice en su número de ayer, es completamente falso.

Habla de Belem con tanta ignorancia, que ni escribir el nombre sabe, pues no es Belén, como él torpemente escribe.

Dice que el presidente Teodoro Flores tiene monopolizado el comercio de algunos efectos en los que gana el 300 por ciento.

Nada más inexacto. Existen en el departamento de encausados nueve o diez mesitas, en que en pequeña escala se venden pan, cigarros, puros, queso, chile, algunas legumbres y otros efectos que compran los que no tienen familia o personas que se encarguen de enviar algunos alimentos para ayudar a la miserable caridad que la Junta les da.

Los precios, según disposición superior, son los mismos de los pequeños expendios de la calle, como a mí me consta. El piloncillo de a dos centavos y medio allí, aquí cuesta tres, vendiéndolo por centavos, y no ocho como el Pérez afirma.

Hace algunos años —antes de 1882— sí existía en la cárcel un monopolio feroz, debido a la tiranía del presidente mayor, Eulogio Pérez, que vendía toda clase de efectos al triple precio de la calle, sin dejar que nadie vendiera, al grado de hacer un pequeño capital, después de lo cual se fugó.

Aconsejo, pues, al de los Pérez, que otra vez le dé para el tranvía a su reporter, para que no dé noticias tan. . . Pérez.

Por causa tan innoble y abyecta que no puede relatarse, riñeron a puñaladas hace algunos días, Alberto Flores I y Odilón Ornelas, resultando el primero con dos profundas heridas y el otro con una que le desgarró los labios.

Extinguen condena de 8 y 12 años respectivamente.

¡Toma!*

He aquí una horrible historia de una rencilla trágica que un antiguo preso me ha referido:

Hace dieciséis años, Juan Mayorga y Romualdo Peraza estaban sentenciados el primero a doce años de prisión y el segundo a tres, y en el taller de zapatería, en que los dos trabajaban dentro de la cárcel, les decían a causa de su inseparable amistad, Clavellina y Juan de amor.

Mayorga había sido un valentón muy temible en el barrio de La Plama, en cuyas pulquerías se referían de él terribles riñas en que siempre su contrario resultaba con las tripas de fuera; pero con tal suerte para el valiente que nunca lo había atrapado la policía.

Una madrugada, un gendarme encontró en el dintel de una casa de Puente de Curtidores el cadáver de un hombre con un cuchillo clavado en la espalda.

Una prostituta llamada Chole, que antes había sido querida de Juan, lo acusó de haber matado la noche anterior a su amante, porque delante de ella salieron de un figón. El cuchillo encontrado sobre el cadáver tenía en la hoja gravada una calavera y sobre ella las iniciales J.M.

El negó su culpabilidad ante el jurado, diciendo enérgicamente por toda declaración:

—Yo no lo maté, lo juro por la Santísima Virgen de Guadalupe.

El juez le arguyó:

—Pero Ud., Mayorga, ha confesado que ese cuchillo es de Ud., los testigos dicen que Uds. se disgustaron y salieron a la calle y Ud. llevaba esa misma arma.

* Realidades de la Cárcel I. ¡Toma! (Mayo 15, 1895.)

—Es cierto; pero yo no lo maté.

Mayorga, abrumado por las declaraciones contrarias de infinidad de testigos y las pruebas, fue sentenciado a doce años de prisión.

Algún tiempo después cayó a la cárcel Romualdo Peraza, que entonces tenía de querida a la misma prostituta aquella, acusado de haberle dado una cuchillada tremenda en el rostro. Fue sentenciado a tres años.

Entonces los dos zapateros reanudaron su antigua amistad; juntos trabajaban en la misma mesita del taller y juntos almorzaban de los chicharrones con chile que los martes y sábados les enviaba la querida de Romualdo que llegaba a visitarlos a Belem después de haber salido del congal, con su horrible y eterna cicatriz en el rostro. En la galera en que dormían en las noches, tenían el mismo cantón¹ y allí los dos encendían en un anafre la lumbre con que calentaban y freían los frijoles de la caridad y ponían a hervir luego en una gran olla un poco de café. Después de cenar silenciosamente en medio del colosal y frecuente murmullo de la galera henchida de presos y humo, servíanse el hirviente líquido en unos jarritos; Romualdo descolgaba una guitarra y se ponía a cantar a media voz esas tristes y monótonas canciones de nuestro pueblo, en que se lamentan infidelidades amorosas o se prometen venganzas a los acordes de la vihuela.

Una tarde, Romualdo oyó que otros zapateros del taller se mofaban de su amigo y de él, suponiéndoles no sé qué abominables e íntimas infamias. El, hecho una furia, arremetió contra uno de ellos, dándole una puñalada en un costado con su chaveta, y lo dejó muerto.

Nuevo proceso; nuevo jurado y una nueva sentencia de diez años de prisión.

—No hay cuidado; saldremos juntos —le dijo a Juan, y continuaron haciendo zapatos, comiendo juntos y recibiendo juntos las visitas de Chole la Charrasqueada.

Y así pasaron los años; tres, cuatro, cinco años.

Juan solicitó el indulto y por su conducta irreprochable y trabajadora se le concedió.

Una tarde lo llamaron de la Alcaldía donde su

¹ En la cárcel llaman los presos así al lugar en que duermen y tienen su menage. (Nota del A.)

abogado, a quien había dado cincuenta pesos de sus economías, reunidos centavo a centavo, le entregó el oficio de la Secretaría de Justicia, en que ésta le comunicaba su libertad, gracias al indulto del Presidente.

Como loco volvió al taller donde le enseñó el oficio a Romualdo. Este lo miró sombríamente. En aquel momento oyóse un grito lento, triste, que silbaba desde lejos.

Le estaban cantando: *¡Juuu...aaan Maaaa... yooooor...gaaaá aaandaas en libertaaá!* En seguida volvióse a escuchar otro grito igual, más cercano, y luego otro y otro. De los talleres salían los presos con sus instrumentos en la mano, contemplando curiosos al que se iba, quien repartía abrazos; mientras su amigo Romualdo le envolvía su ropa en silencio.

—Bueno, hermano —le dijo aquel—, dame un abrazo. ¿Qué le digo a Chole? . . . Tira ese grifo,² hombre, te estás enviciando.

Romualdo arrojó el appestoso cigarro y con ojos desencajados y atónitos miró a su amigo.

—¿Qué le dices a Chole? . . . ¡Toma! —y le asió un chavetazo en medio del pecho. Su amigo cayó redondo.

Veinte presidentes azotaban furiosos, un minuto después, con sus gruesos palos, el cráneo del Caín que también rodó ensangrentado en el umbral del taller al lado del cadáver de Juan.

Dos camillas condujeron a aquel al anfiteatro del Hospital Juárez y a este con la cabeza hecha pedazos, a una sala, donde en la misma noche, espiró.

Miguel Cao Romero*

Nada más extraño y triste que vivir enamorado de una muerta, en el fondo de una galera de presidio. Pero cuando esa mujer fue muerta por el supervivientes que la amó y que aún la ama, en-

² Cigarro de marihuana. (Nota del A.)

* Realidades de la Cárcel II. Miguel Cao Romero. (Mayo 17, 1895.)

tonces no hay nada más lúgubre ni nada más infernal.

Así pasó con el infeliz Miguel Cao Romero; amó desenfrenadamente a una mujer. Su pasión violenta de tísico soñador e irritable, le traía horribles crisis en el hogar en que vivía con ella; tuvo tan tiránicas exigencias y precauciones tan celosas como ridículas que, exasperada, una noche intentó abandonarlo como la madre le aconsejaba. Tomó su tápalo, diciéndole:

—Miguel, te quiero, bastantes pruebas te he dado; pero así no podemos vivir, no, no; ya no quiero que todos los días cuando sales, me dejes encerrada con llave como una perra; me voy con mi mamá, ya no te puedo soportar.

El suplicó, se le arrodilló; pero todo fue inútil; ella, decidida, corrió a la puerta; entonces él tomó su pistola —era gendarme— y le disparó a boca de jarro, cuatro tiros, haciéndole pedazos el cráneo y el pecho.

Tres meses vivió el infeliz, sumido en una barbotina, idiota, sin darse cuenta de lo que había hecho; ni de lo que a él le haría la justicia. Después pasó a las galeras de encausados, viviendo allí, huraño, sombrío, solitario, en un departamento donde hay más de mil hombres. Como a nadie hablaba, nadie le hablaba a él; crecióle la barba y se pasaba el día y la noche fumando.

Compraba cigarros vendiendo las gamuzas¹ de su caridad.

¿En qué pensaba?... En la muerta. ¡La amaba aún, la seguía amando con frenesí! Consagraba su actividad cerebral a sus recuerdos de amor siempre dolorosos. Después empezó a distraerse; hizo versos que a nadie leía, pero que se sabía de memoria. Versos tristes, incorrectos, sin ritmo; pero desesperados como una queja estridente. Todos llevaban estos títulos, poco más o menos: “Soledad muerta”, “Al Sepulcro de Soledad”, “¿Dónde está tu alma?”, “Tumba sin nombre”, “Catafalco ideal”, “La tumba y mi amor”, etc. Aquello fue una colección fúnebre de un poeta demente, con la demencia negra de un amor imposible de ultratumba. He aquí una estrofa, inculca y melancólica:

*Oh, Soledad, mi tristeza
Hasta ti ya habrá llegado
Fui el hombre más desgraciado;
Y matarte no me pesa:
¡Estoy tranquilizado...
Ya no es de otro tu belleza!*

Y mientras, el tremendo germen de la tisis avivaba intensamente la luz de sus ojos y roía sus pulmones.

Pálido, sucio, melenudo y desarrapado, vagaba en la galera o en los corredores de la cárcel, hasta que un día se le ocurrió que era su deber dar lecho digno a la que había matado; era preciso construirle una tumba. ¿De dónde conseguiría dinero? Trabajaría.

Iba a aprender algún oficio, cuando el Alcaide (Sr. Carlos Carpio), compadecido de él, le encomendó instruyera a los muchachos presos que en Belem se llaman Pericos. Aquello abrió otros horizontes a su existencia lúgubre. Trabajó con ahínco en instruirlos, y con una tenacidad sin ejemplo, arrojó en el sucio cuarto en que antes aquellos habitaban la luz del silabario.

Llegó el jurado y fue condenado a doce años de prisión —sentencia azás benigna, dados los antecedentes de su crimen. Miguel contempla la esperanza, y cuando no piensa en su adorada mujer, ni le hace versos, se asea, se afeita la poblada e hirsuta barba e instruye a sus Pericos.

Por ellos trabaja y el hombre fúnebre por dentro llega a ser simpático por fuera y al fin obtiene por sus asiduidadas 10 pesos al mes.

Aquella miserable cantidad que como un men-drugo le arrojaba el Ayuntamiento, fue para él una verdadera gloria, y de ella ni un sólo centavo gastaba. Iba reuniendo mes a mes el dinero, año a año, durante cuatro de privaciones y de melancolía, para adquirir lo suficiente para la tumba de su adorada muerta, de la que había logrado obtener los proyectiles que él incrustó en su cuerpo y algunos cabellos ensangrentados.

A mediados de 1891, faltándole sólo un año y medio para salir libre a colocar flores en el sepulcro de su amada, el tifo le clavó su garra, allá en el departamento de la escuela que fundara. La enfermedad aguda se juntó a la crónica para dar fin con el enamorado de la muerta.

¹ Pan que se da a los pobres. (Nota del A.)



Diego Rivera 1931

Murió olvidado en el Hospital y el dinero que ganó durante muchos años verdaderamente fúnebres, dedicados para construir un sepulcro, no sirvió ni para el suyo ni para el de su amada.

Los dos yacen bajo el polvo de Dolores, anónimos infelices, en la Ciudad de los Muertos.

La bestia medita*

Ya hacía mucho tiempo que Pedro dudaba del amor de Claudia. Los dos habían robado aquellos doscientos pesos de la casa en que habían sido domésticos y los dos extinguían en la cárcel una condena de once meses de prisión.

Claudia estaba empleada en las cocinas y todos los días enviaba a su amante, que estaba en las galeras, un buen almuerzo en que — ¡cosa rara! — abundaba mucho la carne.

Y él pensaba: ¿De dónde conseguirá Claudia tanta carne, cuando yo sólo le mando medio y cuartilla al día? Porque Pedro trabajaba en un taller de carpintería y hacía diariamente una silla, por la cual el maestro le pagaba nueve centavos.

De aquel incidente empezaron a surgir feroces celos en su alma, celos que no le permitían dormir y lo tenían sobreexaltadísimo, produciéndole cuando se encontraba acostado en el pedazo de petate de la galera, visiones lúgubres en plena vigilia. Le llamaba su inda, porque su querida era de Xochimilco, muy joven —15 años—, desarrollada precozmente, vivaracha y de ojos muy negros.

El nuevo Alcaide un día notó que Pedro era muy hábil, no tanto como carpintero, sino como pintor, e intentando emprender mejoras en la cárcel, le propuso dedicarlo a brochar los departamentos de la escalera y oficinas de la Contaduría que están cerca de la entrada a los patios de mujeres.

Aceptó gustoso por estar cerca de su amada y entonces meditó un plan de observación celosa y asidua. Estaba sumamente debilitado, pues no

comía nada de lo que Claudia le enviaba, con la seguridad de que aquello era de infame y adúltera procedencia; armóse de una buena charrasca y esperó.

Poco a poco fue familiarizándose con los galecos que pasaban ante las paredes que embadurnaba, con los presidentes que escoltan la parihuela en que se conducen los almuerzos y materiales para el trabajo de las presas y aun con los empleados.

Hay, pasando por un pequeño patio, en cuyos altos corredores trabajaba Pedro, la instalación en que se encuentra la carnicería. Desde el patio se ve la puerta de la cárcel de mujeres. Por esa puerta Claudio vio a Genaro —caricero antiguo que se enamoró de ella; averiguó su nombre; le prometió obsequiarla y le mandó para que le hiciese de comer real y medio al día. Ella aceptó, y a la semana de conocerse, traicionó a Pedro.

El Jefe de la prisión permitió una vez que hubiese visita de presos y presas. Ella solicitó hablar con Pedro; se le concedió y bajaron ambos a la sala y a través de la reja de hierro, entre el sordo barullo de las conversaciones se conocieron íntimamente y se besaron.

Y lo horriblemente cruel fue que Pedro supo que ella había bajado. La vio desde los corredores altos besarse con un desconocido, con un carnicero cuya camisa ensangrentada se le quedó grabada para siempre en su imaginación que le sugirió realizar su tremenda idea.

Ya no dudó; necesitaba matarlos a los dos; a ella primero le daría una gran cuhllada que le hendiría la boca; después le atravesaría el cuello. Pero en su plan sangriento surgía una incertidumbre punzante: ¿podría matarlo a él también? ¿No sucedería que cuando cayese ensangrentada, rodando por la escalera, pasara algún presidente que al ver aquello matase a palos al vengador? En fin, él se resolvió a empezar su obra con ella. Contra el otro no sentía odio alguno, simplemente convenía en que era injusto no matarlo también.

Pedro, con la brocha de su oficio embadurnada de pintura, reclinado contra el barandal de hierro del corredor, meditó su plan, lo discutió con espantosa y pasional frialdad, mientras clavaba sus ojos inyectados en las ventanas de la

* Realidades de la cárcel III. La bestia medita. (Mayo 23, 1895.)

sala de visitas. Repentinamente oyéronse golpes como de hierros, tres, uno tras otro, continuos y precipitados: la señal del fin de la visita. Sacó Pedro de debajo de su blusa azul el cuchillo: ¡ya iban a salir! ¡ya vería Claudia quién era él! Fue invadiéndole negrísima cólera, tan negra y violenta, que firmemente creyó que iba a matar a medio Belem.

Se tuvo miedo. Se creyó tan temible y feroz, que quiso evitar una catástrofe estupenda. Empezaban a subir la escalera las mujeres presas. ¿La mataría, mataría a todas, que debían ser tan infames unas como otras?

Hubo una gran brusca transición en su cerebro. En aquel momento el Jefe de la prisión asomó en el fondo de un corredor.

Se dirigió a él y convulso, loco, le presentó el cuchillo, diciéndole tartamudamente:

—Señor, señor. . . mi coronel. . . aquí está el cuchillo. . . mándeme usted a bartolinas. . . los iba a matar. . . mándeme, mi jefe, a bartolinas.

Pedro fue conducido dos días después al Hospital, donde murió de meningitis aguda.

El Nahual*

Encorvado el huesudo cuerpo; arrastrando indolentemente las piernas vestidas con girones de calzoncillos de un gris mantecoso; sobre las espaldas una camiseta roja sin botones para cubrir, cerrándola, el pecho pobre; y en la cabeza pelada al rape un trozo de gorra de fieltro que sombrea un rostro cetrino de ojillos vivos, imberbe y chato, vaga el Nahual entre la multitud de haraposos presos que hormigean al sol en el patio de los encausados o sentenciados por el Gobernador.

Al verlo se siente un calosfrío como al ver una tarántula peluda; y más aún si os miran sus ojillos parpadeantes y de pupilas de un verde sucio como de agua estancada. Es profundamente antipático,

* Realidades de la Cárcel IV. El Nahual. (Mayo 28, 1896.)

es una especie de lombriz humana; mas explicaré lo que nuestro pueblo quiere decir con este nombre de origen azteca. El ladrón más abyecto; el que roba lo más insignificante y sórdido; el pillo colocado en orden de jerarquías carcelarias y truhanescas más abajo que el mendigo y que el ratero de pañuelos; el que es tan ruín y con tal manía del hurto que roba hasta un botón y que arrebató a una pordiosera su olla con escamocha, huyendo luego gozoso, no por lo robado, sino por haber robado. Robar: he allí su dicha íntima.

Por supuesto, constantemente está en la cárcel, sentenciado a un mes de prisión, la que sufre estoicamente, y donde se entrega a su vicio del raterismo más ínfimo de una gamuza, un cigarro o una cebolla. Es corredor de cigarros de marihuana, en cuyo tráfico encubre a los vendedores en grande, ganándose hasta dos y tres centavos al día.

Tal es el Nahual, ser que repugna a todos los delincuentes. Los más viles lo tratan con el mismo desprecio con que un gendarme trataría a un granuja.

Sucio, harapiento, husmeando como un perro flaco, aniquilado el cuerpo por la marihuana y otros vicios, es sin embargo utilísimo en la calle a las prostitutas descalzas que beben chinguere en los tendajos de la Merced.

Cuando algún drama de cuchilladas acaee, corre a insultar, robar o agredir a un transeúnte delante del gendarme para desorientarlo y cuando algún buen robo verifican los del oficio y se va a descubrir, entonces él aparece y se hace el culpable, aunque ya la policía lo conoce; pero al menos la estorba.

El patio de sentenciados o de encausados, repleto de gente innoble o de miserables pensativos y sombríos, de inocentes taciturnos y hambrientos, es su espacio, y el Nahual allí devora el trozo de carne de la caridad con verdadera fruición y después se tiende sobre las lozas, se quita su camisa y se espulga su miseria hedionda a los rayos del sol del medio día, cuando no se tira a dormir la siesta, feliz como un cerdo bien cebado lo haría en su lodo o un sultán en los almohadones de su serrallo.

Como es débil y flaco, como no teme a los palos de los presidentes y los recibe en sus es-

paldas elásticas con estupendo cinismo, no se le obliga a nada, no se le puede utilizar ni como bestia de carga.

Ese pingajo humano reúne todo lo abyecto, todo lo deforme y monstruoso que hay en la Cárcel de Belem. Es mendigo, pero sin sus ansias y dolores de hambres; es ladrón, pero sin objeto; es asesino, pero sin pasión, sin ambición de riqueza, y si tiene todos los vicios imaginables y comete todas las traiciones es sólo porque son depravados, sólo como un adorno de su encanallamiento. Un lujo de perversidad completa.

Cosa que hace meditar. El Nahual no tiene la conciencia de lo que hace. Tiende a ello porque. . . ;quién sabe, quién sabe qué abismos de monstruosidad inocente lo engendraron sobre un basurero de las afueras de San Lázaro y lo dieron a luz en algún ribazo hediondo del canal de la Merced!

Es un harapo sanguinolento de carne leprosa y agusanada, vivo y arrastrándose un día por los barrios y tres meses en los patios de la cárcel.

Por eso ante él hasta los presos sienten un calosfrío, como al ver una tarántula peluda.

La Turca*

Este apodo femenino era el de un hombre, casi un anciano, ¡pero qué hombre, qué anciano! Entre la muchedumbre incalculable que se agita con actividad y bullicio de animada feria, aunque sin la algazara de ella; entre la infinidad de presos que soportan largas condenas, en el patio llamado de talleres, la Turca iba de un lado a otro, moviendo rítmicamente su cuerpo, cual lo hacen las alegres —cubanas o españolas— de la calle de Rebeldes o la Concepción, contoneando con repugnantes coqueteos la cabeza de pelo largo ensortijado con artificiosos chinos, pelo largo embadurnado de pomada (pelo entrecano). Iba la Turca de un taller a otro con su rostro horrible de indígena perverso cruzado por cica-

trices de cuchilladas, vestido con una camisa de calicot, blanquísima, con cuello y puños bordados y con piquitos, cual camisa de mujer; pantalones de manta muy blancos y ajustados a la pierna al grado de señalar perfectamente la carne de la parte posterior que movía constantemente, y zapatos de charol con varias suelas escalonadas y tacón alto terminado casi en punta; sí, iba marchando casi con compás de baile, a saltitos, deteniéndose ante los grupos de presos para saludarlos si charlaban u observar sus obras si trabajaban.

— ¡Ay, Jesús, Don Mercedes, qué triste lo veo! ¿Pos qué su piusa ya lo olvidó; dende qué tiempo ha que no le llega el boato?¹

—La de malas, Turquita, ya me hizo. . .

Deteníase la Turca y conversaba mirando a sus interlocutores con ojos lánguidos, temblando su piocha de pelos grises, cerdosos y escasos. Era un hombre de cincuenta años.

Abundan estos hombres afeminados en Belem en el patio de años donde, no obstante que se les desprecia, viven con costumbres enteramente femeniles. Tienen la voz tipluda y dan a sus frases una entonación de mujer melindrosa o asustadiza; afectan contorsiones nerviosas — ¡oh, muchos las tienen por naturaleza!—, visten lo más aproximadamente que les es posible conforme a trajes femeninos; llevan alias de prostitutas como: la Diabla, la China, la Pancha, etc., y se dedican a planchar, lavar, tejer, bordar y guisar. Entre sí tiénense un gran afecto, tal vez de común desgracia, y se auxilian con raro compañerismo. Antes, durante el día, permanecían en el patio o talleres, y en las noches se encerraba en una bartolina a cada uno.

Seres perversos y depravados, hundidos en el fondo de irritante ignorancia, son feroces y perpetran venganzas terribles contra quienes los insultan o desprecian. Sus rostros hombrunos contrastan de una manera repugnante con sus ademanes y voces melífluas.

Uno de esos infelices era Juan González, alias la Turca. Era de Guadalajara, donde tenía una fonda pequeña; vino a México, huyendo de la

* Realidades de la Cárcel V. La Turca. (Mayo 30, 1895.)

¹ *Piusa* es la palabra despectiva con que llama el hombre del pueblo a su manceba. *Boato* llama el preso a los comestibles que se le envían. (Nota del A.)

autoridad que lo perseguía por haber matado a una prostituta una noche de borrachera y celos. Aquí, en una pulquería de Santa Ana, encontró a un antiguo enemigo, a quien le propuso una reconciliación tomando ambos en una misma tina de pulque. El otro aceptó gustoso; pidieron un real de ese líquido y la Turca alzó el receptáculo de madera llevándolo a su boca, bebiendo estrepitosamente, con la cabeza echada hacia atrás, escurriendo aquel sobre su pecho. Bebió hasta medio vaciar la tina; después, su nuevo amigo, que lo miraba estupefacto, se decidió a emprenderla con la segunda parte, la alzó y empezó a beber. . . bebía, bebía. . . repentinamente González saca un cuchillo pequeño y se lo hunde en un costado, echando a correr. . . ¡lo había matado!

Aprehendido el asesino, fue condenado a muerte; pero fue su pena conmutada por la de 20 años de prisión.

En Belem sus costumbres femeninas se acentuaron más y más como una especie de repugnante invasión, tanto más repugnante cuanto que ya la edad blanqueaba sus cabellos chinos y arrugaba su rostro de bandolero. Era extremadamente limpio y usaba camisas de mujer bordadas por él mismo. Ganaba al día cuatro y cinco reales planchando la ropa de algunos empleados y de los presos que iban a Jurado y no tenían mujer; haciendo algunos dulces y charamuscas y vendiendo algunos guisos.

Celoso e iracundo, en sus monstruosos afectos hacia otros presos, cuando se emborrachaba, sorbiendo el aguardiente de las tripas introducidas clandestinamente, agredía a todos y a más de uno le cruzó la cara con su temible navaja. Un 5 de mayo se vistió de china con un castor rojo, zapatillas con lentejuelas doradas, rebozo terciado y en las orejas arracadas de plata. Bailó el jarabe tapatío sobre una tarima que sus admiradores le colocaron.

El entusiasmo general de los sentenciados del Patio de Talleres estalló en carcajadas, aplausos y silbidos como cuando nuestro pueblo presencia el final de unos fuegos artificiales. Fue un gran triunfo para la Turca.

Mas como siguiera en sus borracheras acuchillando rostros, el Alcaide de Belem hizo por que

Juan González, alias la Turca, pasara al presidio de San Juan de Ulúa, donde probablemente ha muerto.

Miguel Guttman*

No es un criminal, no es un neurótico, ni histérico, ni desequilibrado; es un demente. Pero un demente tan peligroso como desventurado. Es de esos infelices locos que llevando la muerte en el alma, perfectamente agobiados por desgracias reales unas, imaginarias las otras, desesperados y sombríos con esa sombra siniestra de los que han soñado paraísos, amores, voluptuosidades y campos extensos, se sienten vivir en una atmósfera de odio, con esa sombra terrible de los que creyéndose dignos de la felicidad se alimentan de dolor. Uno de esos locos mártires pero sin resignación, dispuestos en virtud del sordo trabajo de sus amarguras acumuladas, años tras años, a volver a los que creen sus perseguidores y verdugos todo el mal que sueñan que les han hecho. ¡Oh terribles, oh siniestros locos sombríos que escriben versos mojando punzones en su propia sangre!

Y de esos es Miguel Guttman, siendo lo más terrible para él y para los que lo rodean que tiene talento.

¿Por qué está loco? ¿Por qué ese hombre de gran frente blanca y pensativa, cabello rubio y quebrado como el de un melancólico soñador germano cuyos ojos azules de mirada fría y vagarosa también tiene, de andar pausado, de marcha que más parece deslizamiento, palabra segura pero como somnolienta, queda y que sigue con lentitud el curso de la frase, casi siempre bien conceptuada y hasta florida; por qué ese hombre, que debería tener derecho a las alegrías de la juventud —aun en medio de la prisión—, ¿por qué está loco?

Cuando estas interrogaciones encierran los misterios de las demencias, queda mucho negro por respuesta. Hay que remover muchas miserias del

* Realidades de la Cárcel VI. Miguel Guttman*

pasado, de un pasado muy remoto, no del mismo hombre, sino de la misma familia y de la misma raza; y del fondo obscuro de esas lejanías genealógicas va surgiendo la luz que fulmina dolorosamente la verdad al descubrir los gérmenes. Los malditos gérmenes de las locuras hereditarias.

A esto agregad un acumulamiento de fatalidades, sobre un cerebro débil; de rencores sobre un corazón ardiente; de traiciones sobre un carácter sensible a las veleidades que constituyen el fondo de esas mujeres con quienes tropiezan los oficiales del ejército en su vida de campamento y guarnición. Después, un instante de alucinamiento, el vértigo, el arrebato y la cárcel. . . ¡la cárcel encerrando un tesoro de virilidad, matando la gloria de un amor, la dicha de muchas esperanzas y el eclipse de muchas auroras!

Guttman hiere a su amante infiel y se le condena a algunos meses de prisión. Pero desespera, se exalta, trama contra quienes cree que se han confabulado contra sus amores, y vuelve a herir. Se le golpea, se le encierra en una bartolina; en él se desencadena un odio espantoso, justificado o no, contra todo lo que es autoridad, contra todo lo que lo vigila o lo juzga. Surge en el fondo de la estrecha bartolina la desesperación negra, infinita: la amargura del sueño; mas como el sueño a él no llega naturalmente y bien al contrario el febril insomnio se ceba sobre sus nervios perpetuamente sobreexcitados, acude a la triste embriaguez a que todos los desesperados de la cárcel acuden, a la marihuana. Con marihuana se siente feliz; el humo de su cigarro aspirado con ansia sedienta baña las celdillas de su cerebro, haciéndolas vibrar localmente, enervando la sensibilidad, matando el recuerdo y sumergiéndolo en vagos éxtasis orientales que le postraban dulcemente transfigurando su bartolina. La demencia se elaboraba.

Y fue cediendo poco a poco a brutales cóleras provocadas por alucinaciones extrañas, su sentimentalismo poético le sugirió el que se tramaban contra él infamias de las que ya algunas había visto. Después su energía reacciona, el joven decepcionado de los ojos azules y de los versos calcinantes y eróticamente desesperados que hacía

en sus horas tristes, comprende que es preciso desafiar a las paredes que se alzan enfrente de la ventana de su bartolina; medita, calcula, se yergue ante el obstáculo y ¡lo vence! . . . se fuga. He aquí cómo: echa abajo una noche la puerta de la bartolina, sube a la azotea, pasa a horcajadas sobre el lomo de un muro que une el cuerpo del departamento con la muralla que limita el Paso de Ronda¹ y de este muro tiende a la calle una cuerda tejida de hilachas, sujetadas por un gancho de hierro. Guttman se descuelga, sujetando sus anchas manos la cuerda que oscila en la sombra, pegada al granito. A la mitad se rompe y él cae rompiéndose una pierna.

En la alta noche, solo, yaciente, adolorido, sin poderse mover, espera la complicidad del destino en su obra de libertad y al principio el destino le ayudó. Hubo un transeúnte que lo levanta, lo lleva, está ya libre, vaga en las calles. Un día un policía lo sigue, él huye y se introduce en una casa. Es la del anciano señor Hernández —relojero—, quien se amedrenta y lo entrega.

Guttman vuelve a la cárcel, más sombrío, más desesperado que nunca, y como nunca repleto de odio hacia todo el mundo. Poco después —curiosa coincidencia—, el anciano Hernández era asesinado en la Profesa por Martínez. Desde entonces empezó la verdadera demencia de Guttman. Ved que proceso: desconfianzas, miserias, maltratos, rebeliones, versos eróticos, cuchilladas, protestas, resignaciones, arrepentimientos, lágrimas, marihuana por semanas enteras, tifo en el hospital, jurado y sentencia nueva de doce años, esperanzas efímeras, resignación momentánea, más versos y más marihuana. El patio de años con sus valentones, su trabajo en los talleres y las galeras de sentenciados y las bartolinas. . . y odiando, odiando. . . ya sin protectores, sin amigos, desarrapado, creyendo que los que le querían le querían en virtud de atrocidades que sólo el presidio conoce.

He aquí un fragmento de sus versos:

¹ Entre el cuerpo del edificio de las bartolinas y la calle hay una pared que deja un espacio en forma de callejón que rodea a dicho cuerpo que es así vigilado por la guardia que lo recorre. (Nota del A.)

*¡El licor! los narcóticos. . . ¡qué hermoso
Es el estado que al mortal producen
Y cuánto me seducen!. . .*

*¡Beber! beber para encontrar reposo
Y no sentir de mi pesar odioso
¡Los terribles estragos!. . .*

*Buscar en los halagos
Del tóxico aguardiente la esperanza;
Que haya en el alma de placer acopio
Con olvido hasta del nombre propio
¡Suprema dicha que el borracho alcanza!*

*Después se arrepiente en una crisis
De lágrimas y grita patéticamente:*

*El llanto purifica y enaltece
Haciendo hermosa nuestra horrible pena:
¿A quién encantador no le parece
El llanto que sublima a Magdalena?*

El bardo sentenciado a muchos años de presidio; el que ha herido a dos mujeres, ha insultado a su juez y desgarrado las hojas de su proceso, loco de furor, incorregible, llora y elocuentemente recuerda a Magdalena.

Crisis de una neurosis exacerbada al extremo, hoy convertida en locura.

Hoy se encuentra entre la muchedumbre de presos, cabizbajo, con una cachuchilla sobre su pelo ensortijado y rubio, vaga la mirada de sus ojos azules y extraviados como los de un poeta soñador en las márgenes legendarias del Rhin, desgarrado y sucio el traje, temido de todos por sus agresiones inusitadas en que se lanza con una lezna o un vidrio sobre el que cree que le va a hacer daño. . . deteniéndose a hacer versos intercalados con extraños dibujos a varias tintas; versos y pinturas, marihuana y agresiones. Desesperado ha hecho versos en su bartolina, escritos con su sangre. ¡Oh versos desgarradores!

¡Pobre Guttman! el manicomio, el hospital te reclaman; necesitas terapéutica y no los palos de los presidentes, ni la sombra de las bartolinas.

Por ti y los que te rodean, porque eres tan peligroso como desventurado. Sé que hay una luz sobre tu alma negra. . . ¡tu hija!. . . La amas, luego aún hay esperanza. ¡Oh terrible, oh siniestro loco sombrío, que escribes versos mojando punzones en tu propia sangre!

Guttman y su hija*

Sobre el fondo oscuro del cerebro de ese hombre que tanto ha sufrido, de ese hombre cuya vida no es sino el encadenamiento fatal de las lobregueces de los destinos que elaboran sombríamente todos los genios desconocidos de la implacable casualidad; sobre tanta negrura de perversidad que tantos males ha producido entre las multitudes de las galeras y las muchedumbres abigarradas de los patios; sobre las tintas lóbregas del infortunio encarnado en un ser desesperado, ha surgido súbitamente luz de éxtasis y esplendor de gloria. ¡Oh luz! ¿qué mejor luz?. . . ¡Su hija!

Sí, en una palabra hay que decir que el criminal por herencia; el maldito por tradición; el que lleva sobre las asperezas aterciopeladas del cutis de su gran frente, algo como si fueran matices de esplendores cuasi olímpicos; el joven de ojos azules y ensortijadísimo cabello; el soñador desesperado que renegó de su padre; el desarrapado que se arrastra diariamente como un maniquí horriblemente fúnebre; el que pronuncia la frase con lentitud exacerbante y monótona, porque exacerbante y monótono es el dolor que lo aqueja; ese loco sombrío tiene bajo las concavidades de su cráneo, nubarrones que presagian tempestades; ese loco sombrío que lleva constantemente hundidos en el fondo de la bolsa de su saco alfileres gruesos, trozos de vidrio y puntas de agujas; ese hombre que a todos reta, porque siente nacer rencores crudísimos que tan desgraciado lo hacen, sólo al presenciar a uno que viste tan miserablemente como él; ese tan desgarrado del traje, del cuerpo y del cerebro, quien tan infernales venganzas tiene, es Miguel Guttman. Pero ya lo dije: tiene una hija, es decir, es una sombra adorando un fulgor.

Es joven, es apuesto, es gallardo; tiene la salud plena de la magnífica vida de los veinte años; en sus ademanes rápidos, ondulantes y enérgicos hasta la efervescencia nerviosa, hay algo como la atmósfera candente de los grandes ardores, entusiasta en el momento de la fiebre. ¡Es Guttman amando a su hija!

* Realidades de la Cárcel VII. Guttman y su hija. (Junio 5, 1895.)

Ya dije que aborrece a todos; los héroes grandes han sucumbido ante él; los odia, porque los amó y no lo salvan; y los otros amigos. . . ¡ah! los otros amigos han defecionado, es decir, se han hundido.

El miserable desarrapado, el que no tenía hambre, el bohemio que vagaba por las calles silenciosas, siguió vagando y hubo un día en que comprendió casi completamente de un golpe la enormidad de su desgracia: no era solo, era él y su hija. Ese día fue el último día de la que amaba, de la madre de su hija. . . ¡siempre ella!

Después fue cuando Guttman quiso expatriarse de la patria-cárcel; después fue cuando el infeliz trató en vano de arrojar al agua humeante de las olas de las sombras, sinfonando perpetuamente la invisibilidad absoluta de su suerte negra. ¡Fue el naufragio! ¡Oh! no, el miserable desarrapado que sacudía nerviosamente los brazos con fuerza vertiginosa de desesperado, al verse derrotado en su fuga sintió el gran desfallecimiento. . . ¡amaba!. . . ¡Amaba! Cuando volvió preso a la cárcel, cojo, sin esperanza alguna ya, muerto el amor de la adorada mujer a quien hacía candentes versos y que lo había traicionado, sintió, en medio de ese gran desfallecimiento, que unas irradiaciones como de halagadoras esperanzas y de benéficos consuelos fulguraban en torno suyo, ¡qué alas! ¡qué fulguraciones!

Y las alas y las fulguraciones eran éstas: llantos abundantísimos y tiernos; besos castos y tendencias a caricias purísimas. . . ¡a ella, a la hija de la ingrata!. . . ¡Oh alas, besos, fulguraciones, llantos y caricias de Guttman padre!

En efecto, él que tan agresivo, tan arrebatado es; él que fuma constantemente marihuana —fática embriaguez que acentúa su demencia siniestra de odio al mundo entero—, él que en el patio de talleres donde bullen los hombres condenados a extinguir diez, quince y veinte años de prisión, pasea sonriendo trágicamente y con los ojos azules empapados en una mirada como de gata enamorando una legión de ratones; él, el melenudo paciente; lento y lógico en su frase; rubio y casi hermoso en su fisonomía; dispuesto a dar la manotada felina con traición y dolo preconcebido; él se anega en lágrimas cuando su hijita llega a la cárcel a verlo.

— ¡Papacito, papacito!

— ¡Hijita!

— Mira lo que te traigo. . . pero con la condición de que me des un besito. ¡Oh, si te digo que en los ojos! ya, ya.

— ¡Tan pronto, linda! ¿no sabes que te quiero? ¿verdad que tu papacito te quiere?. . . ¡Dí!

Y empieza el tierno diálogo amoroso del criminal de los atentados feroces y de las cóleras impetuosísimas ante sus mismos jueces; del mismo que siniestras venganzas ha jurado cometer; del poeta desarrapado, lúgubrementemente cabizbajo, con las manos caídas en un abandono de orangután rubio de pensamientos feroces. Empieza el tierno idilio del monstruo con la palomita inquieta; y se ablanda el monstruo y entonces el orangután cabizbajo llora. Y llora de alegría y de ternura, mirando a su hijita que se le sube al cuello, allá cerca de las viejas paredes de la cárcel, donde oyesse el repercutir de las duras palabras y los golpes férreos de los cerrojos, ¡ya Guttman no está loco!

Su hija es la irradiación mística de la dulzura arrojada, cuando hay visita, sobre su infortunio de demente encarcelado, perseguido por perpetuo delirium tremens. ¡Qué mística y qué pura irradiación la que humilla y ablanda el feroz instinto hienesco de Miguel, cuyo montón de odios se disipa como por milagro, al escuchar embebido la caricia única de su hijita, gritándole:

— ¡Papacito!

La Zorra, El Pajaroncito*

Flacucho y de aspecto sórdido; abrochaba la mantecosa levita de lucientes manchas sobre el pecho flexible; temblorosa la pequeña cabeza melenuda de rebeldísimos ensortijamientos esponjosos; el sombrerillo de bola color café con leche constelado de lamparones verdes, cual si sobre la peluzna hubiesen brotado lamas purulentas de mugre repugnante; un amarillento cue-

* Realidades de la Cárcel VIII. La Zorra, El Pajaroncito. (Junio 7, 1895.)

llo de celuloide rodeando, sobre la solapa lustrosa del levitón, el largo pescuezo nervioso; pantalón de rodilleras anchas y esponjadas y zapatos donde irrita moleestamente la carcajada vergonzante y perpetua del dedo gordo del pie, mostrando bajo la suela carcomida la uña encorvada y negra. El ilustre, el nunca tan bien como se debe ponderado *Pajaroncito*, alias la Zorra, se ostenta de mes en mes en la cárcel de Belem, donde con muchísima justicia goza de espontánea popularidad.

He aquí quien es Pajaroncito, (a) la Zorra.

Un hombre que come no se sabe aún con qué; que bebe con lo que le dan —y siempre le dan mucho—, que se viste con eternos andrajos, que nadie adivinar podrá cuántos años ha compró en el Baratillo, un día de cena soberbia en que despilfarrara para el revestimiento de su escualida persona, hasta siete reales tres cuartillas; que constantemente pasea por las calles más céntricas —por supuesto, cuando no está preso— y que alza su cabecita melenuda y sucia con altanería de imbécil *clubman* del Jockey Club, con la misma cachaza cínica de su ociosidad viciosa e infectante; un hombre, en fin, que tiene la conciencia de poder explotar sólo con su aspecto de mendigo insolente, a la humanidad entera que en corrientes pasa a su lado rozando con asco la grasa de los faldones de su levita.

Y ese es la Zorra, y ese va recto y audaz a la conquista del medio real de la cuartilla, de la copa en elegante cantina o de la *medida* de pulque de a centavo en cualquier pulquería; el que siempre a caza se dirige, con seguro paso de mezquino y rastrero triunfador, de la limosna de los perdidos afortunados o de los hombres honrados a quienes avergüenza acompañándolos por entre la populosa de las calles del Factor, San Francisco y Plateros: esa es la Zorra, de vívida pupila en sus ojos hinchados de alcohólico contumaz e incorregible; ese es el sempiterno bebedor de copas de *refino con ítamo* en los tendajones fétidos del Baratillo; el que seca con su levitón clásico de abyecto borrachín, la hoja de lata húmeda de aguardiente de aquellos; lanzando en sus horas de inspiración caliente discursos patrióticos y morales llenos de fuego, rítmicos en sus periodos mesurados y con terminaciones

de sensacional fogonazo de elocuencia.

Sí, Manuel *Pajarón* tiene talento y sobre todo una gran verbosidad satírica, un lujo de obscenidades de chispa truhanesca leperuna con frases libres, burlonas, incisivas y bufas, que pronuncia con ademán cómicamente serio, extendiendo sus brazos, majestuoso como un Castelar de barrio, acompasando y ahuecando la voz, dando entonaciones enfáticas a sus palabras rojas en que resuena la aspereza cruda de las ignominias secretas de la cuadra del cuartel o la galera de la cárcel en las horas nocturnas de las confidencias de compinches encanallados en la misma miseria, aspirando las mismas hediondecas humanas que flotan en un ambiente espeso y malsano. Y entonces es cuando Pajarón suele estar en sus glorias; acumúlanse los chinguiriteros en torno suyo, las descalzas ebrias ríen a carcajadas estrepitosas al verlo y oírlo; alguno que otro inválido trasnochado lo aplaude y no falta pillete que le salpica la levita con embadurnamientos de lodo de la zanja. Después se obsequia el cuentista pornográfico, que adula y halaga las bajezas populacheras que lo aclaman, con un sendo cuarto de refino que sorbe deleitándose cuando el áspero líquido abrasa su garganta curtida; sorbe, esbozando su rostro velludo y flaco movimientos nerviosos que son un gesto de bienvenida al trago que lo anima.

Este hombre abotagado y sucio es un mendigo y, por mendigo audaz y leguleyo con humos de erudición, vive la mayor parte de su vida en Belem. Detiene al transeúnte, le requiere, y le cuenta con ademán patético, dándose un aspecto lúgubre, una historia de lágrimas y pobrezas en su atribulada familia.

—Señor —suele decirle—, hace algunos días quedé sin empleo; soy de fuera de México; tengo tres hijitas y a mi señora enferma. . . Caballero, estoy desesperado y si me humillo y pido limosna es porque mi familia tiene hambre. . . Caballero, a usted me dirijo porque creo que usted es noble y tiene una familia a quien quiere. . . Señor, con una peseta salva usted a la mía. . . ¡Caballero!

Y sigue por la banqueta asediando, tiroteando tenazmente al caballero que escoge para asaltarlo, hasta que recibe una bofetada o una moneda.

Vive vegetando, instalándose en las noches en los pórticos de los teatros, pidiendo *vuelatas* y

vendíendolas después, echándose de cuando en cuando, en la tienda de la esquina, un decimal de aguardiente y criticando con sus amigotes las disposiciones de la policía a la que profesa odios cordialísimos.

Oídlo, copa en mano, los ojos saliéndosele de las órbitas, los labios hacia adelante, convirtiendo la boca húmeda en un alargamiento de hocico como de astuta zorra, desabrochando el cuello de celuloide y el sombrero a media cabeza con altanería de calavera trasnochador y maldito. Oídlo:

—Aquí, señores, todo es asunto cumplimiento de nuestras leyes inviolables, de saber penetrar la índole eminentemente liberal y sacra de la Constitución que rige los destinos de la patria. . . ¡y violarla, violarla!. . . Parece que todos aquí somos ciudadanos y podemos hablar en pro de la moralidad. . . (Don Joaquinito écheme otro trago, no la amuele, ya sabe que a mí me gusta pura bala rasa). . . Pues sí, todo es cuestión de moralidad aquí y los gendarmes y los de la Reserva no cumplen con su deber y molestan a los libres ¡qué tiempos!. . . Moralidad queremos. . .

Y Pajaroncito (a) La Zorra prosigue y cuando sale y cuando grita exaltado y ebrio y canta en plena calle y rompe la linterna del gendarme, proclamando sus inalienables derechos de ciudadano, echando espumarajos de rabia alcohólica, duerme en la comisaría y al día siguiente, el muy humilde, cabizbajo y tembloroso, es conducido a la cárcel de Belem, donde se le recibe con algazara espontánea y con verdaderos hurras que su popularidad arranca a la turba de rateros y ebrios escandalosos que se regocijan de la compañía del Pajaroncito, que se resigna evangélicamente a dormir en un pedazo de petate, comer el pambazo y el arroz de la caridad y pasar el día entre corrillos de ociosos a quienes refiere sus cuentos obscenos a trueque de cigarros que en la noche, tendido boca arriba en el húmedo suelo, fuma indolentemente, sin remordimientos por el pasado, ni inquietudes por el porvenir al que entrevé risueño, prometiéndole interminables succiones de copas de chinguere, con su acompañamiento de voluptuosidades de glorioso populachero orador, aplaudido en la atmósfera para él refocilante de la tienda sucia.

Sí, no se inquieta la Zorra de Belem y antes por el contrario su pobre hígado descansa, sus nervios se aquietan y cuenta sus triunfos y sus últimas proezas de mendicidad atrevida, a sus compañeros de cárcel.

El Poetastro de los Pericos*

Sucede a veces en este maremagnum de odiosidades, antipatías, represalias, insultos y venganzas que hierven ruidosamente en la vida social de un pueblo que se empieza a formar; sucede que suelen ser arrastrados al combate seres débiles recién nacidos a la lucha, pero con la precocidad fascinadora de lo súbito en lo glorioso, de lo increíble en lo inaceptable. . . algo como si fuera el Esplendor aureolando con fugacidad espléndida de relámpago en el estupor eterno de la sombra del presidio.

¡Oh, sí! Así suele suceder. Yo, yo he visto en las galerías, en los patios de sentenciados o encausados, niños incapaces de dolo, incapaces de tener la idea preconcebida de obrar mal, de herir, de causar la más ligera herida; niños que al antro de la miseria, el vicio y el crimen, llegan azorados, atónitos, estupefactos y horrorizados. Llegan esos niños con los ojos límpidos llenos de vagaridad de espanto, desmesuradamente abiertos. ¡Ah! ese desmesuramiento de aquellos ojos infantiles al ver lo que es la cárcel de los viejos viciosos y de los viejos criminales, es lo que proclama la incapacidad y la inocencia de sus corazones; es lo que los arroja con impetuosidad fatal al desgranamiento irremediable, a la decadencia terrible que los va bajando, bajando, hasta perderlos para siempre.

Así se ha observado, así es.

Me contaron esto que esbozo con grueso lápiz —no hay, pues, detalles, no hay, pues, matices; son claroscuros que pueden hacer pensar melancólicamente a los que se preocupan de esas cosas convencionales y elásticas para muchos,

* Realidades de la Cárcel IX. El poetastro de "Los Pericos". (Junio 12, 1895.)

que se llaman honor, honradez y dignidad.

He aquí lo que me contaron y que yo traduzco en este bosquejo-estudio.

Hace algunos años había en la cárcel de Belem dos cuartuchos unidos entre sí donde se alojaban lo que desde entonces dio en llamarse Pericos. En aquel lugar, de piso desenladrillado y húmedo, paredes pintadas con negro humo de ocote y sin ventilación alguna, se amontonaban, charlatanes, pendencieros y bulliciosos, los muchachos que se creía habían cometido algún gran delito o habían alterado de cualquier modo la paz pública. Mas en realidad, todos aquellos no eran sino pobres diablos de muchachos que con el contacto de los mayores que allí se encontraban, iban descendiendo lentamente al océano de indescriptible —por obscena— prostitución. Sí, aquella prostitución de aquellos muchachos imberbes, gordiflones, de ojillos con relampagueos picarescos en sus pupilas negras, aquellos mocosos vivísimos, traviesos y positivamente tenorios en miniatura; rateros, ladrones y hasta encubridores, como hasta bandidos.

Así eran los Pericos y así era su departamento; obscuro, sin sillas, goteando humedad, frío en todos tiempos y siempre, siempre desnudo con la parda tintura de azul pálido que embadurnaba las paredes de los salones y los marcos como los bajorelieves grotescos en las ventanas de algún castillo godo-romano de los primeros bárbaros tiempos en las tierras meridionales de España, con desolación miserable.

Allá en el piso sucio, en las noches se enfilaban harapos de petates, tras de petates con harapos, y sobre ellos se amontonaban cuerpos endebles, huesosos y raquíticos, después de las últimas, tristes risas con que aquellos niños que no sabían por qué estaban allí, cansados, con rostros flacos, dormían roncando, lanzando a veces en sueños quejidos agudos y tristísimos de amorosidades huérfanas, en el ambiente obscuro-pálido de un cuarto en que yacían, sin que para aquellos hubiese nada que fuese consuelo, nada que prometiese regeneración.

Era allí donde un niño de catorce años, Humberto Safri, de ojos pequeños de miope, frente ancha de neurótico y dejadez altiva de bardo ideal, con esa idealidad suprema de los que tienen la

conciencia de su elevación y superioridad, de cabellera lacia y descuidada sobre sus sienes tersas de niño; un pobrecillo escuálido, descalzos sus blancos pies, el pecho cubierto por desgarrada camisa sucia que procuraba ocultar siempre con una vieja frazada de hebras gruesas y pardas, frazada que cubría siempre el busto del cuerpo, de donde surgía desairada y pobre la cabeza de redondo cráneo y abultada frente de pensador sombrío. Sombrío porque en sus ojos pequeñitos, vagos a causa de recientes lesiones de una conjuntivitis ocasionada por la anemia y el excesivo estudio, allá en la Biblioteca de la Escuela Preparatoria, había la inflamación patológica de las llamas del gas. Sombrío, porque aquel niño lanzado tan temprano a la cárcel era un soñador romántico que se sabía de memoria todos los versos de Espronceda, todas las peripecias de Juan Valjean y las melancolías italianas de las descripciones de Lamartine en su Graciella —espíritu juvenil de quince años, que a los quince años ya hacía versos y ya construía poemas.

Cierto que aquellos poemas no eran magistrales, pero eran dolorosos, tan dolorosos y sentidos que una vez hizo llorar, al recitarlos en la cárcel, a un español asturiano y a otro español andaluz que más tarde se fugó por la puerta del Archivo.

Rotito Tuerto llamaban los granujas de los Pericos al tímido mocososo que, sin sombrero, pálido y lleno de estupor, descalzo y tiritante, se mezclaba entre todos los presos, siempre, siempre subyugados por la gracia atractiva de sus pequeños ojos tristes y la sonrisa eternamente melancólica de sus labios finos y nerviosos en su fisonomía imberbe de niña clorótica.

Y era de ver cómo de él se mofaban sus compañeros, cómo le robaban la olla de sus frijoles, y cómo cuando mascaba su pambazo se lo arrancaban de la boca, gritándole en pleno rostro, mientras él lloraba silenciosamente:

— ¡Roto-Tuerto-Rotito-Ciego!

El melancólico niño, soñador romántico de ojos pequeñitos y de mirada vaga y tristonera, en aquel exótico país del infortunio, fue conociendo a fuerza de picotazos y mordeduras, los espantosos realismos sociales; fue comprendiendo el tímido poeta las idealidades floridas que recitaban los versos de Becker y periodos sentimentales de

la *María* de Jorge Isaacs, que algo más trascendental y más horrible y no por eso menos digno del arte, pasaba en la humanidad. Así lo comprendió a fuerza de amargura: había sufrido mucho.

El niño de quince años, blanco, vivaz, tímido, descalzo y ensarapado, estaba en la cárcel por esto:

A los doce años ya estudiaba Física en la Escuela Preparatoria, cuando su padre, viejo soldado republicano y lerdista de broncíneas inquebrantables convicciones, muere solitario como un romano de los últimos heroicos tiempos, al principiar la decadencia y el desquiciamiento postero. Entonces él estudia en la biblioteca, se debilita; viene la conjuntivitis, y tras un año de obscura noche, solo, con sus catorce años, entra de cobrador a una casa comercial, y hele ahí manejando repentinamente con sus manos de dama gruesos paquetes de pesos, mugrientos billetes y libranzas con enormes signos de valores en los márgenes —miles y miles de pesos.

Un día el cobrador, atónito ante el hervor deslumbrante del dinero que manejaba, fue tentado por una mujer, y con ella cometió el inmenso delito de gastar cinco pesos, cinco pesos que se propuso pagar un sábado; mas para cubrir aquel déficit tuvo que mentir, diciendo que cierto recibo no se había pagado. De allí provino contra el cobrador de quince años, inepto para la contabilidad, nervioso y enfermizo como siempre lo había de estar, una prisión de ocho meses en los cuartos húmedos y pútridos de los antiguos Pericos, entre la turba soez y canallesca de pillos marihuanos, truhanes de dieciséis años y rateros cínicos que vagaban casi desnudos por el corredor del departamento.

El hambre en Belem traza en torno de ciertos desventurados, círculos tremendos y calcinantes que sólo a costa de estremecimientos de dolores se pueden trasponer; y allí, el niño abandonado, descalzo, envuelto en su frazada carcelaria, hambriento, abiertos sus ojillos melancólicos y sonriente su pequeña boca, con amarga sonrisa, fue viendo desfilar ante sí aterradores cuadros reales que le congelaron el alma, pero que le templaron los nervios para más espantosas tragedias que vería más tarde.

Y entonces fue cuando escribió ya a la edad de quince años, en una transformación súbita, provocada por hondos dolores, estrofas en que palpita el sufrimiento de sangre de un ser predestinado injustamente a ostracismos que le provocaron melancolías y anonadamientos; entonces se procuraba pan improvisando cuartetos, escribiendo cartitas a los presos en las galeras, y bien pronto fue lenta y poderosamente levantándose. Su figura raquítica se impuso sobre la brutalidad criminal y viciosa que le rodeaba; su sarape pardo fue respetado y hubo zapatero que le hiciera calzado a cambio de versos.

Ascendía.

Y cuando salió libre, salió sin sarape, alta su fecunda frente de neurótico, plegados los finos labios por sonrisa dulce, desafiando el poetastro de los Pericos a la sociedad a quien iba a observar, de la cual tal vez triunfaría, dispuesto el niño de quince años de los ojillos tímidos y tristes a revelar hondos dramas que nadie conocía, a ser héroe, a ser trágico, y después de sufrir tanto y tan injustamente a no tener miedo a nadie, hablando de todos.

Rasgabarrigas*

Golpeteos de martillos sobre el cuero de las suelas, rumores de muchedumbre trabajadora, risas entre cuchicheos y la voz tipluda del Tuerto, jefe del taller, que lleva un mote femenino, azás ridículo e imposible de decirse en letras de molde, álzase en la zapatería a las once de la mañana. Las paredes son sucias, el techo bajo, y por las ventanas entra la luz del patio iluminando rostros morenos, camisetas desgarradas y cabelleras hirsutas y largas de los presos zapateros estirando sus cordelillos o claveteando sus tachuelas, encorvados sobre sus pequeños banquillos. Oyese también con intervalos de dos o tres minutos, la canción monótona de los golpes gritando los nombres de los que tienen la fortuna de que haya

* Realidades de la Cárcel X. "Rasga-barrigas". (Junio 18, 1895.)

quien les mande un taco en una canasta con la etiqueta respectiva de cartón o madera, figurando una coquetísima bota de mujer, una cabeza de pájaro, ala de ángel o corazón incendiado; óyense los nombres lanzados desde lo alto de la escalera, dominando el gran murmullo de gigantesca colmena del Patio de Talleres, donde rezumban las imprecaciones obscenas, los insultos, las pullas, las carcajadas de los presos sentenciados a muchos años de prisión.

—*A buscar otra, pos qué hago,
—Pos cómo me quedo así.*

Y el canto melancólicamente salvaje de un melenudo curtidor, acurrucado en un rincón del patio, donde el humo de su cigarro de marihuana lo envolvía en gasa azulada y pestilente, vibraba esas palabras populares como un lamento, que resultaba tristísimo en la atmósfera de la cárcel, en cuyos ámbitos se apretaban los presos que salían de los talleres y hormigueaban afanosos, unos con la cabeza cubierta con una cachucha de casimir, otros con el pelo al aire, y los presidentes —capataces— con sus sombreros anchos.

Es la hora de la gran actividad y la gran efervescencia. Véanse arriba sobre los bordes de las azoteas los centinelas con el arma sobre el hombro; pasean destacando en la claridad de la mañana, el tono obscuro de su uniforme azul.

—¡Otra de restirar, Barriguitas chúpate!

—¡Qué armado vienes! ¿Te las echó el sardo?

—Me parece, no estoy cierto. . . pero con lo puro mío.

—Ya lo sé. . . ¡y qué!. . . Al que no le cuadre el fuste. . .

—Pos no me cuadró, ni a mí me metes miedo. . . tú eres el Rasgabarrigas y yo el Piguín. . . mira ¿quieres que nos demos gusto?

—¡Ujule! ¡Me llevó el río, pos si ni pa el comienzo me sirves. . . ¡Ven!

Piguín y Rasgabarrigas tenían este altercado después de haberse bebido más de un cuartillo de aguardiente, que algún soldado de la guardia les vendiera, arrojándoselos en tripas.

Los dos eran valentones de fama, los dos debían muchas muertes y estaban sentenciados a veinte años de prisión. Eran curtidores, pero trabajaban tanto y tan rudamente que les alcanzaban sus cinco reales diarios para calzar zapatos

de cuero inglés, tener queridas del barrio de la Merced que les mandaban almuerzos, beber chinguere de la tropa, usar camisas planchadas y tener cebollas, sal y chiles para su caldo.

Los dos eran diestros en el manejo del cuchillo, mimados por las mujerzuelas, terror de los barrios de Peralvillo, Santa Ana, San Sebastián, Niño Perdido, La Palma y Curtidores, cuyas pulquerías más de una vez fueron regadas con sangre, en las tardes de ciertos lunes y domingos, borrascosas, donde entre el fragor de la borrachera, el choque de los vasos y las palabrotas obscenas, surgían rivalidades bélicas de tenorios ebrios.

Eran muy susceptibles y muy temidos y de ellos se contaban romances de combates inverosímiles, cual de acuchilladores de mujeres audaces, lebrones, parlanchines y provocativos.

Por eso se odiaban y se temían cordialmente.

Aquella mañana en que habían sorbido demasiado aguardiente en el patio de Talleres sintieron recrudecerse sus rencores —tanto más cuanto que a Rasgabarrigas le habían dicho algunos amigos:

—Hombre, Piguín anda diciendo que te va a ensartar —y otros habían deslizado estas frases a Piguín:

—¡Cuídate porque te van a matar!

Los dos decidieron revalarla, como ellos decían, deseosos de asentar su popularidad de tremendos valentones con un lance sangriento en que uno de los dos cayera.

Aquella mañana principió la disputa, necia y acerada y se retaron, sacando sus largas chavetas.

—Ven, a ver quién es más hombre, contestó el más ofendido.

Un grupo de presos los rodeaban curiosos y ávidamente los siguieron y hasta hubo un presidente que con su grueso palo en la mano derecha prometió dejarlos despanzurrarse agusto.

En un rincón del patio, cerca de unos carpinteros que ajustaban barrotes de sillas, se hicieron abrir valla; enrolláronse sus cobertores rojos en los brazos izquierdos, contempláronse temblorosos como gallos y furiosa y repentinamente principieron el torneo.

Piguín, que era pequeño y nervioso, retrocedía dando grandes saltos de gato montés y Rasgabarrigas, que era alto, de grandes piernas flacas, asaltaba impetuosamente, tratando de buscar

el vientre a su contrario, abofeteando su rostro con el cobertor. Respetuosa admiración de la muchedumbre los rodeaba.

Repentinamente un presidente descarga sobre el cráneo de Barriguitas un furioso trancazo que lo derriba boca abajo. Piguín se arroja sobre el caído y le hunde por la espalda la chaveta.

Salta aquel con epiléptico movimiento, enderezándose, mas cayendo de nuevo al golpe de otro palo, expira sin decir una palabra. Mientras el otro también caía desmayado a los golpes de los presidentes.

Así mueren espantosamente los valentones de nuestros barrios, en un charco de sangre inútil.





Diego Rivera 1937